

denuncia al ridículo, con la insidia, dentadura de la infamia, que quisiera deshacer a pedazos cuanto la humilla; y nada hay que la enaltezca.

Pero esta confusión no es extraña, dado que en el tamiz del envidioso se alteran los más opuestos sentimientos. De tal suerte, siendo vergonzosamente susceptible, se cree delicado, porque ignora que entre la susceptibilidad, característica de los débiles, y la delicadeza, compañera de los fuertes, hay tanta distancia como entre la vanidad de los sandios y el orgullo de los razonables, y más de la que se necesita para ir de la lascivia de los neuróticos hasta la lujuria de los normales.

La delicadeza de los gentiles, que ponen un grano de locura aun en la sombra de las cosas, tolera, es indulgente, perdona. La susceptibilidad de los jayanes, que sintetizan el vivir en un gesto grave, gesto de piedra que suele conseguir éxito, es vengativa, es cruz a la par de la primera, que redime

Ved al envidioso en la lucha. Desea ser grande, y algo más, inmenso, perder la lividez y la magrura de su silueta angulosa, que no difiere de su pensamiento magro y lívido. Pero no para hacer el bien, sino para vengarse de su inferioridad, realizando el mal.

Es planta rastrera. Al fin el suelo le cansa. Entonces pugna por elevarse. Más como es tan feble que el viento lo quebraría, se enrosca en cualquier árbol gigante, y, robándole la savia, llega hasta las ramas, abiertas para abrazar la luz, y desde allí se descuelga hasta morder de nuevo el fango.

Niestche asegura en medio de un cúmulo de razones y sinrazones puestas en boca de Zaratustra, que los hombres se parecen a los árboles en que cuanto más se acercan a la claridad celeste, más internan las raíces en lo oscuro, en lo sucio. A esto se puede responder, afirmando que tal son los inferiores, que a la inversa actúan los escogidos, quienes del negro fondo de la tierra, sacan el gajo matiz que ha-

ce explosión al reventar las flores. Cuando el envidioso se esfuerza por adquirir algún conocimiento, no lo enseña, se goza en la ignorancia de los restantes, con esa maldad del avaro que ve morir de hambre al pródigo.

Sólo que en el avaro se adivina, sin que él se dé cuenta, vaga sed de ilusiones. Advierte que el oro hacinado representa gran parte de la felicidad, mas la desdeña inconscientemente, poniendo el esguince del viejo seductor que a fuerza de recibir desengaños los equiva. Mientras que el envidioso sabe que su ciencia de nada sirve oculta. Sin embargo, le molestaría que alguien agregara a los suyos otros conocimientos.

Yo los he visto juntos. En una mesa de juego, verde tablado donde entran en rol las almas desnudas. Aquí está un jugador. En frente, un avaro. Al otro lado, el envidioso que acaba de ser despojado, contempla. Las lámparas acusan francamente las fisonomías que se pliegan acres o sonrientes a la fortuna veleidosa, que a la sazón coquetea entre el avaro y el jugador. El instante supremo llega. Ruedan los dados, minúsculas cajas de caudales cuya combinación de puntos buscan ambos. Todo es silencio. Las tres miradas son ganzúas que forcejean. La suerte se decide por el jugador, quien sonríe displicente, convencido de que no era posible otra solución, sintiendo sincero y profundo desdén por las monedas que recoge: no le importa ganar. Al mismo tiempo el avaro retrocede en su silla, agriétasele la frente, el ceño amenaza, la nariz se le prolonga y se le hincha, maldice y por debajo de la mesa contrae una mano hasta hundirse los dedos en la palma, semejantes a colas de alacrán. Vuelven á correr las monedas sobre el tapete, cantando una canción lujuriosa que obliga a amarlas. Venció el avaro! Ríe, despierta, y después de atraer el montón, se frota las manos bajo la mesa. En tanto el jugador de pura cepa, esboza una sonrisa displicente, sintiendo sincero y profundo desdén por el dinero que se aleja, en la garra, sin